

CARLOS SALEM

4

MINERVA
WATSON

LOS LADRONES
DE MONTAÑAS



edebé

4



LOS LADRONES
DE MONTAÑAS



© Carlos Salem, 2018

Autor representado por la agencia Dos Passos.

© *Ilustraciones de cubierta e interiores*: María Simavilla,
representada por la agencia Pencil Ilustradores.

© de la edición: Edebé, 2018

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Dirección editorial: Reina Duarte

Diseño de la colección: Book & Look

1.^a edición, noviembre 2018

ISBN: 978-84-683-3843-9

Depósito legal: B. 12007-2018

Impreso en España

Printed in Spain

EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



CARLOS SALEM



LOS LADRONES
DE MONTAÑAS

Ilustraciones de María Simavilla

edebé



Minerva Watson



Ayelen



Papá



Mamá





Tobias



Boni



Sherlock Holmes



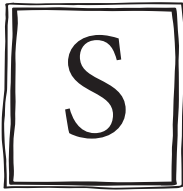
Dr. Watson







ESTA ES UNA INTRODUCCIÓN
QUE TE PUEDES SALTAR (O NO)



Si ya has leído las novelas que mi hermanita pequeña Ayelén escribirá sobre estas aventuras dentro de varios años, puedes saltarte esta parte. O dejarla señalada, por si tienes que volver a consultar algún dato.

Calma, que no contiene *spoilers*.

Pero yo misma me hago un lío con todo lo ocurrido en estos últimos meses. Hay tanta gente asombrosa en mi vida, y tantos sucesos increíbles, que he hecho unas notas que a mí me sirven y a lo mejor a ti también.

Y pensar que me molestaba ser normal... Porque ser normal es una lata cuando tus padres son dos genios.





Irene Adler

Mamá. Arqueóloga, antropóloga, geóloga, historiadora, espeleóloga, y media docena más de profesiones relacionadas con el estudio del pasado para comprender el presente y el futuro del planeta y de la humanidad.

Henry Watson

Papá. El científico e inventor vivo más brillante del mundo. Y según dicen sus amigos, si se hubiera ocupado de registrar las patentes de sus inventos, sería también el hombre más rico; aunque a él eso nunca le ha importado demasiado.

Pues pese a ser ambos excepcionales, ninguno de ellos exigía de mí la misma genialidad. Me alentaban a ser normal, pero yo no podía dejar de sentir que no daba la talla en esta familia maravillosa. Una familia que creció con la llegada de mi hermanita adoptiva.

Ayelén

Pequeña machi (una especie de bruja buena) de ocho años. De origen mapuche, llegó desde la Patagonia a nuestras vidas hace solo unos meses, contagiando de su magia dulce esta casa tan llena de ciencia. Creo que es capaz de hablar con los árboles y los animales. Ella dice que el





viento le cuenta historias y que a veces se ríe mucho con ellas.

Tobías

Mi amigo de toda la vida. Es un año mayor que yo y fue el compañero de todos mis juegos y travesuras, hasta que empezó a crecer y me sentí un poco incómoda. Hace mucho deporte y tiene un gran corazón. Un accidente de tráfico lo dejó postrado en una silla de ruedas, según los médicos, para siempre. Pero, en mi segunda aventura, conseguimos curarlo con la ayuda del Boni del Otro Lado. (Eh, no preguntes, que ya te dije que nada de *spoilers*. Si quieres saber más, mi hermana titulará ese libro *El extraño caso del fantasma que no era*).

Boni

Es muy guapo, pero no me fío del todo de él. Se ha convertido en ayudante de papá en su laboratorio, pues, al parecer, también es un genio. No acaba de caerme bien porque el Boni del Otro Lado, del lado negativo y por lo tanto opuesto a este, era bueno y generoso. Por lo tanto, he deducido que este Boni tiene que ser todo lo contrario. Sin embargo, en nuestra tercera aventura (*La máquina de perder el tiempo*), arriesgó su vida por nosotros y hasta





recibió un disparo en el hombro que iba destinado a mi padre.

El Efecto W

Es lo que hizo que yo dejara de ser normal al cumplir los trece años.

¿Cómo te lo explico?

Imagina que el cerebro humano es como un ordenador. El ordenador más potente que jamás ha existido. Pero que usamos solo una mínima parte de sus posibilidades.

¿Me sigues?

Ahora imagina que existe alguien tan genial que es capaz de crear un programa informático biológico, un *software* humano para mejorar nuestra capacidad en el uso del cerebro hasta alcanzar su máximo potencial.

Quien tenga esa *mejora* puede conectar con prácticamente toda la información y llegar a deducciones imposibles para los demás.

Es como si delante de tus ojos se desplegaran cientos, miles, infinitas pantallas virtuales, y pudieras utilizarlas todas a la vez. Como si pudieras analizar simultáneamente todas las posibilidades y saber cuál es la acertada.

¿A que suena futurista, algo que solo podrá conseguirse dentro de siglos?



Pues no: yo tengo el Efecto W y lo inventó un señor hace más de cien años.

John Watson

Doctor en Medicina, en su faceta pública, y el genio más grande de todos los tiempos, en privado. Para la mayoría de la gente, John Watson es un personaje literario creado por Arthur Conan Doyle como ayudante un poco simplón de un tal Sherlock Holmes. Nada más lejos de la realidad. John existió. Es mi tataratataratarabuelo por parte de padre. Y era él y no Holmes quien resolvía los casos más extravagantes con el poder deductivo de su mente. Le cedía el mérito a su amigo, porque el pobre Sherlock era muy inseguro.

Pero vayamos a lo importante. Mi abuelo (lo de *tataratataratara* nos lo ahorramos, ¿vale?) volvió de la guerra horrorizado por las barbaridades que el ser humano era capaz de cometer por simple estupidez. Y creó esa mejora de la que te hablaba, convencido de que, si las personas eran más inteligentes, las guerras acabarían para siempre. Mi antepasado era un genio bastante ingenuo. Probó en sí mismo esa mejora y de inmediato descubrió lo peligroso que resultaba tener tanto conocimiento. Por eso, destruyó toda la documentación relacionada con sus





investigaciones. Sin embargo, no pudo hacer lo mismo con la huella genética de su programa, que quedó impresa en el ADN familiar y se manifiesta saltándose una generación de por medio.

Y ya sabéis a quién le ha tocado recibir la suma de esos poderes.

A mí.

Minerva Watson

Una chica del montón. Flacucha. No especialmente guapa. Al menos, no tanto como mamá. Sin ninguna habilidad, aparte de mi capacidad para meter la pata.

Y de repente, heredo todo ese poder.

Sé que suena fabuloso, pero no lo es tanto.

No puedo ver un edificio sin detectar ese diminuto punto débil sobre el que bastaría asestar un golpe para derrumbarlo.

Veo nacer una flor y sé exactamente cuánto tiempo tardará en marchitarse.

Y si no tengo cuidado, podría llegar a adivinar (deducir, en realidad) lo que está pensando una persona solo con mirarla.

Bueno, no todo ha sido tan malo. En pocas semanas, con la ayuda de mi familia y mis amigos, he logrado salvar





el mundo (todos los mundos, sería más correcto decir) en tres ocasiones. Aunque, en cierto modo, antes lo había puesto yo en peligro.

Por suerte, el abuelo John, que era capaz de deducirlo todo como si viera el futuro, me dejó en herencia, además del Efecto W, un artefacto que me ha resultado de mucha ayuda.

El diario de John Watson

En apariencia es un libro, un viejo diario escrito a mano; pero, en realidad, es un ordenador cuántico sintonizado con mi mente. Ni siquiera yo alcanzo a comprender bien cómo funciona. Pero me ayuda a controlar (más o menos) esto que yo llamo «poderes» y papá prefiere llamar «Efecto W». En ese libro (o en las pantallas de mi mente) se escriben con la letra de Watson las respuestas a muchas de mis preguntas. Aunque, por lo general, esas respuestas solo me conducen a nuevas preguntas.

Y creo que esto es todo lo que necesitas saber.

Por ahora.







¿DÓNDE NOS HABÍAMOS QUEDADO?
¡AH, SÍ!







1

S

alvo papá y yo, todo el mundo comienza a olvidar lo que ocurrió en realidad el sábado, y a creerse la versión oficial.

—¿Sabes si le falta mucho a tu madre? —pregunta papá, que es uno de esos maniáticos de los viajes que, en lugar de dos horas antes, prefieren estar en el aeropuerto con cuatro horas de antelación.

—Está en su despacho y hace un momento me dijo que bajaba en un par de minutos.

—Bien —asiente papá con humor—. Eso significa que tenemos, por lo menos, quince minutos de espera y una tarea por delante. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Totalmente segura, papá. Ya sé que la frase no es mía, pero es muy cierta: «Un gran poder conlleva una gran responsabilidad».

—Y yo agregaría que conlleva también la gran tentación de volver al pasado para arreglarlo todo cada vez que uno se equivoca —subraya él con la expresión de quien





ha reflexionado mucho sobre un asunto—. Esta vez todo ha salido bien gracias a ti...

—Y casi sale fatal por mi culpa, papá. Ahora que sé lo necesario para cambiar el tiempo, tengo que hacer lo necesario para olvidarlo.

—Y yo lo haré contigo, hija mía.

Papá me agarra las palmas de las manos durante un momento.

Y... en lugar de pasarle mi Efecto Watson, lo compartimos.

Juntos buscamos las llaves mentales, los interruptores invisibles, los comandos precisos para borrar total y definitivamente de mi memoria y de la suya todo lo relacionado con las cremalleras del tiempo.

Al soltarnos de las manos, sin embargo, siento que no ha ocurrido nada.

—Todavía recuerdo, papá.

—Yo también. Pero trata de acceder a la información. Lo hago, y el resultado es nulo.

Nada.

Como si lo hubiera soñado.

—Supongo que, con el tiempo, tú y yo también olvidaremos —explica mi padre—. Pero aunque recordára-





mos, nos hemos instalado un cortafuegos sin contraseña posible, y no caeremos en la tentación.

Me da un beso, y lo abrazo.

Esta vez es solo un abrazo, pero me ofrece el dato más importante.

Tengo el mejor padre del mundo.

—Ahora ve a buscar a tu madre, o al final perderá el avión.

Mamá también estará nerviosa.

Pronto se hallará volando rumbo a Egipto para investigar en su gran descubrimiento, el yacimiento arqueológico más importante desde el hallazgo de la tumba de Tutankamón, «y puede que más», me dijo hace un rato con picardía.

Subo los peldaños alegremente.

En los pares, vuelvo a ser solo una chica normal de trece años.

En los impares, soy Minerva Watson, heredera de un legado maravilloso y terrible.

Y ambas me caen bastante bien, porque hasta ahora han sido capaces de hacer lo correcto, aunque hayan tardado bastante.

Mamá no está en su despacho.

Tampoco en su cuarto ni en el baño.



No creo en los presentimientos, pero mi Efecto W mide probabilidades constantemente y decreta que está pasando algo extraño.

Muy EXTRAÑO.

Vuelvo al estudio. El ordenador está encendido, pero mamá no aparece.



Observo durante unos instantes la superficie de la mesa de trabajo delante del ordenador.

Sin moverme ni apartar la mirada, llamo a gritos a papá, Ayelén y Boni.

Llegan hasta mí casi al mismo tiempo y me miran sin comprender.

—¿Y mamá? —pregunta Ayelén.

—No lo sé, pero vamos a averiguarlo —digo.



Giran para ponerse a mi lado y ven lo que llevo viendo un rato sin comprender. Especialmente, sin comprender los datos que me dan mis pantallas.

Sobre la mesa de mamá. Frente a su ordenador todavía encendido, pero sin mostrar imagen alguna.

Hago un gesto para que hablen en voz baja.

No quiero que nada altere lo que tengo frente a mí.

Lo que veo.

Lo que ven.

Siete pequeños montículos de arena y tierra, de no más de tres centímetros de alto, alineados a una distancia exacta y equidistante.

—Parecen montañas en miniatura —dice Ayelén.

—SON montañas —declaro—. Modelos a escala.

Me miran sin comprender.

Explico lo inexplicable, lo que mis pantallas W acaban de comprobar.

—Están formados por la tierra de siete montañas diferentes: el monte Everest en Asia, el Aconcagua en América del Sur, el Denali en América del Norte, el Kilimanjaro en África, el Elbrús en Europa, el Vinson en la Antártida y el Puncak Jaya en Oceanía. Y aunque tengamos que revisar esas montañas metro por metro y una por una, vamos a encontrar a mamá. ¿Cuento con vosotros?





No me he dado cuenta hasta ahora de que los estoy arengando como si fuéramos a una batalla, pero responden con el mismo tono.

Y algo me dice que sí, que será una batalla.

Acaso la más importante de mi vida.

En mis pantallas W se lee, con hiriente nitidez, la letra manuscrita de John Watson expresando la misma frase que me dijo antes de desaparecer:

«La verdad está en todas las montañas o en ninguna».

Esa frase me recuerda a algo, pero no sé a qué. Acabo de borrarlo de mi memoria junto con todo lo relativo a los viajes en el tiempo.

Sin embargo, sé que voy a encontrar la solución, con la ayuda de mi familia y mis amigos, cueste lo que cueste.

No estoy asustada.

Estoy furiosa.

No soy una matona.

Pero haré lo que tenga que hacer.

Soy Minerva Watson.

Alguien se ha llevado a mi madre.

Y se arrepentirá de haberlo hecho.

